

WENDY BROWN, *Regulating Aversion: Tolerance in the Age of Identity and Empire*, Princeton University Press, Princeton, 2006. 282 páginas.

En los dos primeros capítulos de *Regulating Aversion: Tolerance in the Age of Identity and Empire* Wendy Brown presenta los parámetros foucaultianos de su interpretación de los discursos contemporáneos sobre la tolerancia. En los demás capítulos, profundiza en su análisis a través de asuntos como las diferencias entre la emancipación de los judíos y de las mujeres en la Europa del siglo diecinueve, la tolerancia entendida en torno a la idea de gubernamentalidad de Foucault, especialmente en lo concerniente a las políticas de la administración Bush sobre los musulmanes y el matrimonio gay, o el Museo de la Tolerancia en Los Ángeles. Por último, en los dos capítulos finales se ocupa de cómo el discurso sobre la tolerancia va de la mano del discurso de la civilización y cómo se implica a su vez con el liberalismo y el imperio.

Brown mantiene cuatro hipótesis sobre la tolerancia. En primer lugar, cree que está tan profundamente entrelazada con el ejercicio del poder que debería verse como un ejercicio de poder. "Rather than treating tolerance as an independent or self-consistent principle, doctrine, or practice of cohabitation, [the book] aims to comprehend political deployments of tolerance

as historically and culturally specific discourses of power with strong rhetorical functions. Above all, it seeks to track the complex involvement of tolerance with power"<sup>1</sup> (p. 9). La tolerancia presupone y reproduce relaciones de jerarquía y de poder. Y, lo que es más importante, no hay tolerancia sin intolerancia y exclusión (es decir, sin un umbral de tolerancia), y lo tolerado, aunque incluido, lo está sólo en una posición marginal e inferior. Su tesis de que la tolerancia debe ser estudiada en el contexto de las relaciones de poder refleja apropiadamente su inspiración en Michel Foucault, quien entiende la tolerancia como discurso, como gubernamentalidad y como parte implicada en la subjetivación; en otras palabras, la producción de formas particulares de sujetos.

La segunda hipótesis de Brown es que, como parte integral del liberalismo, los problemas de la tolerancia se pueden entender como sintomáticos de los problemas con el liberalismo. Su hipótesis es que "the semiotically polyvalent, politically promiscuous, and sometimes incoherent use of tolerance in contemporary American life, closely considered and critically theorized, can be made to reveal important features of our political time and condition"<sup>2</sup>

<sup>1</sup> [Más que tratar la tolerancia como un principio, doctrina, o práctica de cohabitación independiente o intrínsecamente coherente, [el libro] trata de abarcar los usos políticos de la tolerancia como discursos de poder histórica y culturalmente específicos con fuertes funciones retóricas. Sobre todo, trata de seguir la compleja relación entre la tolerancia y el poder].

<sup>2</sup> [El uso de la tolerancia en la vida contemporánea americana, semióticamente polivalente, políticamente promiscua, y a veces incoherente, estudiada de cerca y teorizada críticamente, puede revelar importantes características de nuestra era y condición política.].

(pp. 3-4). Por tanto, su crítica de la tolerancia debe entenderse también como una crítica del liberalismo, tanto en sus dos versiones de liberalismo político como en la de capitalismo de mercado.

Su tercera hipótesis es que, como parte del liberalismo, la tolerancia está implicada en un discurso más amplio de la civilización, uno que ha de ser entendido en términos de imperio (occidental), como se refleja en el título del libro. “Nosotros” los liberales, tolerantes y civilizados en el oeste somos opuestos a “ellos”, los bárbaros incivilizados que son intolerantes y, como tal, no merecedores de tolerancia.

El término “despolitización” resume la cuarta hipótesis. En teoría, los liberales *tienen* cultura, mientras que los fundamentalistas *estarían en manos de* la cultura. El liberalismo, por tanto, está por encima de la cultura y de su ausencia, razón por la que puede ser tolerante con la cultura. Por otro lado, otros discursos están saturados por la cultura y no pueden ser neutrales con respecto a otras culturas. Ésta es, al menos, la auto-interpretación del liberalismo. El objetivo de Brown es mostrar cómo el liberalismo no es más que una cultura entre otras. Por tanto, cuando el liberalismo se presenta como neutral sólo lo puede hacer ocultando su propia particularidad y los modos en que viola las culturas hacia las que, en teoría, es tolerante. Este ocultamiento es un aspecto de la despolitización.

Otro aspecto de la despolitización concierne a la identidad. En este contexto, la despolitización consiste en la reificación de las identidades toleradas. Las identidades se toman como naturales más que como productos contingentes de relaciones y luchas de poder. Como resultado, todo lo que podemos hacer es tolerar,

mientras que asuntos relativos al poder y la desigualdad fundamentales se eliminan de la agenda política y, de ese modo, se despolitizan. En este sentido, la despolitización se refiere al hecho de que la tolerancia, y de modo más amplio el liberalismo, permanezca en la superficie de las cosas, ocultando de ese modo las relaciones subyacentes de poder.

Un aspecto más de la despolitización en el discurso de la tolerancia es la tendencia a individualizar problemas y soluciones, algo relacionado con el individualismo y el liberalismo. Por ejemplo, las diferencias religiosas entre ciudadanos están privatizadas mediante la distinción público-privado, privatizando de ese modo el problema para el que la tolerancia, se supone, es la solución; es decir, la diferencia. Al mismo tiempo, la tolerancia cambia el foco de atención del estado y las instituciones sociales a la actitud personal, de cambios al nivel de la sociedad a cambios en la actitud personal hacia otros.

Brown aborda estas hipótesis mientras examina cómo se ha problematizado la tolerancia. ¿Cómo hemos llegado a pensar la tolerancia y a practicarla del modo en que lo hacemos? Más concretamente, Brown se pregunta cómo hemos llegado a pensar que hay un problema al que la tolerancia podría dar respuesta. Y nota acertadamente cómo las referencias a la tolerancia se han multiplicado durante las últimas décadas, y cómo hoy en día la tolerancia es una insignia que todo liberal quiere lucir.

La tolerancia ha surgido como respuesta a la diferencia, especialmente a la diferencia étnica y religiosa. Según Brown, para explicar por qué la tolerancia se presenta como respuesta al problema de la diferencia, hemos de preguntarnos a qué

tipo de diferencia se supone que la tolerancia ha de dar respuesta. En este punto, vincula la tolerancia con lo que podríamos llamar, en sentido amplio, política de identidad. En concreto, la identidad —y la diferencia— se considera esencial, y los sujetos se convierten en portadores de identidades esencializadas y naturalizadas. Estos avances corresponden a un cambio en la izquierda en EE.UU. y en Europa, un cambio de la igualdad a la tolerancia. Mientras que anteriormente las personas de izquierda pedían igualdad, ahora muchos han capitulado ante ideales igualitarios anteriores y han aceptado el capitalismo de mercado y las desigualdades como inevitables, si no benignas. En lugar de la igualdad, el multiculturalismo y la tolerancia se han convertido en los eslóganes de los liberales izquierdistas, pero estos discursos no pretenden acabar con las desigualdades sociales o económicas y asumen las identidades y las diferencias como dadas. Las diferencias, normalmente interpretadas sobre el modelo de las diferencias religiosas o étnicas, se representan como diferencias naturales y no como desigualdades que pueden ser enmendadas.

Los objetos de la tolerancia —diferencias naturalizadas— corresponden por tanto a lo que la tolerancia puede proporcionar: la tolerancia deja las identidades intactas y reafirma las jerarquías y desigualdades existentes, sean éstas sociales, económicas, raciales, etc. Por tanto, la tolerancia reproduce diferencias, pero esas diferencias no se sitúan en un terreno de

juego neutral. Más bien, a algunas de esas diferencias —en concreto, aquellas que se desvían de la norma y que necesitan de la tolerancia— se las margina y menosprecia. De este modo, la forma en que entendemos la tolerancia como solución a un problema particular —esto es, el modo en que la tolerancia se convierte en un problema— se vincula intrínsecamente al ejercicio del poder y a la reproducción de desigualdades en las sociedades liberales.

Pero, si bien Brown ofrece una perspicaz crítica de los discursos contemporáneos sobre la tolerancia, el libro presenta dos problemas. El primero hace referencia a la naturaleza monolítica de su crítica; el segundo, a la falta de alternativa. ¿Qué critica el libro? A primera vista, está claro que es una crítica del discurso contemporáneo sobre la tolerancia. Sin embargo, inmediatamente surge una pregunta: ¿existe algo así como la tolerancia en singular? O, si existen discursos sobre la tolerancia en plural, ¿están todos saturados por los problemas que la autora subraya? El problema es que Brown trata la tolerancia como algo demasiado monolítico, como si fuera igual en todas sus expresiones. Incluso cuando admite “the semiotically polyvalent, politically promiscuous, and sometimes incoherent use of tolerance”<sup>3</sup> (pp. 3-4), interpreta este pluralismo como un fenómeno superficial que esconde continuidades fundamentales a través de diferentes discursos. Aún más, la tolerancia se considera sintomática del liberalismo y de valores como el individualismo y la distinción público-privado. Mientras que la tole-

---

<sup>3</sup> [El uso semióticamente polivalente, políticamente promiscuo, y a veces incoherente de la tolerancia].

rancia es, sin duda, parte de la tradición liberal, Brown oscila libremente entre la tolerancia, el liberalismo y la sociedad occidental contemporánea, tratados como entidades monolíticas.

Esto lleva a la segunda crítica. Brown admite que la tolerancia puede ser positiva y significar un paso adelante, aunque el que sea positiva o no depende de la alternativa a la tolerancia. El argumento del libro es que aunque la tolerancia sea mejor que el odio y la violencia rotunda sigue siendo problemática, de modo que, en la práctica, su crítica la incapacita para desarrollar una alternativa sustancial. Brown apenas profundiza en su alternativa; de hecho, lo único que encontramos son breves apuntes al final de algunos capítulos. Así, dice que su crítica ofrece “the possibility of conceiving and nourishing a liberalism more self-conscious of and receptive to its own always already present hybridity [i.e., its own culture],...a liberalism potentially more modest..., more capable of the multicultural justice to which it aspires...a liberalism less invested in the absolute and dangerous opposition between us and them”<sup>4</sup> (p. 175). Aquí parece que el objetivo sería un liberalismo más amable e inclusivo, aunque no dice en qué consiste, ni mucho menos en qué difiere del

liberalismo que critica. En otra parte del libro argumenta que se debe aspirar a sacar a la luz las relaciones de poder que la tolerancia oculta. A su vez esto “suggests a positive political strategy of nourishing counterdiscourses that would feature power and justice where anti-political tolerance talk has displaced them”<sup>5</sup> (p. 205). Los propósitos de esos contra-discursos — “alleviating human suffering, reducing violence, and fostering...political justice”<sup>6</sup> (p. 205)— son propósitos a los que, sin embargo, se adheriría cualquier liberal.

Por tanto, los gestos de Brown hacia una alternativa a la tolerancia quedan en su mayoría vacíos. Ello se debe, a su crítica general del discurso de la tolerancia, pues ¿dónde encontrar en el presente los recursos para una alternativa si el presente está tan saturado por el liberalismo y éste a su vez por la dominación? En la medida en que Brown trata la tolerancia como un discurso monolítico de dominación, termina enfrentándose a una elección entre la tolerancia liberal y una alternativa no especificada. Así pues, a pesar de su perspicacia, el libro aporta poco sobre cómo combatir los aspectos negativos del discurso sobre la tolerancia.

LASSE THOMASSEN

<sup>4</sup> [La posibilidad de concebir y nutrir un liberalismo más consciente y receptivo con respecto a su propio hibridismo, siempre presente [es decir, su propia cultura],...un liberalismo potencialmente más modesto..., más capaz de la justicia multicultural a la que aspira...un liberalismo menos comprometido con la absoluta y peligrosa oposición entre nosotros y ellos].

<sup>5</sup> [Indica una estrategia política positiva de nutrición de contra-discursos que pondrían de relieve poder y la justicia donde el debate anti-político sobre la tolerancia los ha desplazado].

<sup>6</sup> [Aliviar sufrimiento humano, reducir la violencia y fomentar...justicia política].